MALUNGO Y LA DISPUTA POR LA MEMORIA AFROARGENTINA

Las presencias que incomodan al relato de una Argentina blanca

Por Julieta Mora

En el corazón de Parque Centenario, entre los puestos de libros y el movimiento cotidiano del barrio, hay una librería que nació de una ausencia. Malungo Libros no surgió de un plan comercial ni de una oportunidad de mercado. Nació de una búsqueda: la de encontrar un espacio donde la literatura, la historia y la producción cultural afrodescendiente ocuparan un lugar propio. Como ese lugar no existía, Roberto Ruiz Sena decidió crearlo.

“Yo quería encontrarme con una librería temática, afrocentrada, ir a ese lugar y toparme con bibliografía 100 % negra, pero como no existía la tuve que hacer”, cuenta. Así comenzó un proyecto que, con el tiempo, dejó de ser solamente una librería para convertirse en un espacio de circulación de conocimientos, recuperación de archivos y encuentro comunitario.

El 6 de noviembre de 2026, Malungo cumplió catorce años. Catorce años de libros, publicaciones, ferias y actividades culturales. Catorce años de un trabajo que Roberto resume con una expresión que también funciona como declaración de principios: “Ennegreciendo bibliotecas”.

Sin embargo, mientras el proyecto celebra su trayectoria, su permanencia en Parque Centenario enfrenta una dificultad concreta. Una notificación del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires establece que el puesto debe realizar determinadas reformas antes de diciembre de 2026. De no cumplirlas, advierte Roberto, podría perder la licencia que le permite comercializar libros en el parque. La adecuación tiene un costo estimado de dos millones de pesos, una cifra difícil de afrontar para un emprendimiento autogestivo que se sostiene con las ventas de cada jornada.

Pero para entender qué está en juego cuando Malungo enfrenta la posibilidad de perder su lugar, primero hay que preguntarse qué representa.

La historia debajo de la alfombra

La historia argentina se ha contado, durante mucho tiempo, a partir de determinados protagonistas. En ese relato, la población afrodescendiente quedó relegada, reducida a referencias marginales o directamente ausente de las representaciones más difundidas sobre la identidad nacional. La construcción de una Argentina blanca y europea no fue solamente una cuestión de imágenes: también incidió en qué historias se investigaron, qué voces se escucharon y qué conocimientos encontraron lugar en los espacios de circulación cultural.

Para Roberto Ruiz Sena, esa invisibilización no fue accidental. “Particularmente creo que hubo un plan sistemático”, sostiene. En su respuesta, recupera una frase atribuida a Domingo Faustino Sarmiento: “Ni gauchos, ni indios ni negros merecen estar en esta honorable cámara del Congreso”.

También señala las condiciones que enfrentaron los afroargentinos que fueron incorporados a los ejércitos durante los conflictos bélicos del siglo XIX. Según su interpretación, muchos fueron enviados a combatir en las primeras filas y, quienes sobrevivían, debían enfrentarse a una vida marcada por la precariedad, las mutilaciones y la falta de oportunidades.

La libertad, en esas circunstancias, no necesariamente significaba una integración efectiva a la sociedad. La experiencia de quienes habían participado en las guerras podía continuar atravesada por el abandono y la exclusión.

Esa historia, sostiene Roberto, tiene consecuencias en el presente. “Hoy la invisibilización es total. Uno ve a una persona afro por la calle y directamente la extranjería, da por descontado que no es argentina”.

La extranjerización de las personas afrodescendientes es una de las formas en que se reproduce una idea persistente: que lo negro pertenece a otros territorios, pero no forma parte de la historia nacional. La presencia afroargentina queda así desplazada de la imagen que la sociedad construyó sobre sí misma.

Roberto también señala el carácter estructural del racismo y su relación con las desigualdades sociales: “En los espacios de poder no vas a ver a ningún afrodescendiente. Esta sociedad es racista, clasista”.

No se trata únicamente de recuperar una historia olvidada, sino de revisar los mecanismos que hicieron posible ese olvido y que todavía condicionan quiénes tienen acceso a los espacios de representación, producción y legitimación cultural.



Publicar para contar la propia historia

En ese escenario, los libros adquieren una dimensión que excede la lectura. Son herramientas para disputar los relatos establecidos, recuperar documentos, poner en circulación investigaciones y permitir que las propias comunidades produzcan conocimiento sobre sus experiencias.

La producción editorial afrocentrada en Argentina, sin embargo, enfrenta dificultades materiales. Roberto conoce ese panorama desde adentro. Antes de dedicarse a la edición de libros, impulsó *Página Negra*, una revista afrocentrada en papel que tuvo una trayectoria breve, pero significativa para quienes participaron de la experiencia.

“Duró poco, pero fue una linda experiencia, sin apoyo de nadie más que de la propia comunidad”, recuerda.

El problema no termina cuando un libro consigue publicarse. La distribución, la visibilidad y el acceso a los circuitos comerciales representan otros obstáculos. Las editoriales afrocentradas son pocas y, en muchos casos, funcionan mediante la autogestión. No constituyen necesariamente una actividad económica capaz de sostener a quienes la llevan adelante.

“Lo nuestro es más una militancia, es una entrada económica, pero no vivimos de la misma. Es autogestión pura”, explica Roberto.

Frente a las experiencias de exclusión en determinados espacios, Malungo y otros proyectos comenzaron a apostar por la construcción de circuitos propios. En lugar de depender exclusivamente de las ferias y los espacios donde sus propuestas no siempre encuentran reconocimiento, impulsaron actividades y encuentros destinados a generar sus propias redes de circulación.

Una de esas iniciativas es la Feria del Libro Afroindígena, cuya segunda edición se realizó este año en el Espacio Plaza Defensa, en San Telmo, durante la inauguración del mes de la afroargentinidad, en noviembre.

La propuesta parte de una convicción: acercar al público materiales que permanecieron fuera de los circuitos más visibles y poner en circulación producciones que permiten revisar la historia desde otras perspectivas.

“Nuestra función es recolectar material y ofrecérselo al público en general, poner sobre el tapete lo que la historia oficial ocultó debajo de la alfombra”, afirma.

En este sentido, que las comunidades afrodescendientes produzcan sus propios relatos no implica solamente sumar nuevas publicaciones a un catálogo. También supone modificar quién tiene la posibilidad de narrar, interpretar y transmitir una experiencia histórica.

Roberto celebra especialmente que integrantes de las propias comunidades escriban sobre sí mismos. No desestima la producción académica ni los trabajos realizados desde otros espacios, pero considera que existe una diferencia cuando quienes protagonizan esas historias pueden contarlas desde su propia experiencia.

“Cambia la óptica, es más genuina… verdadera”, dice.

Una librería que también es biblioteca

Malungo funcionó durante diez años como librería ambulante. Recién después consiguió establecerse en un puesto de Parque Centenario, donde lleva cuatro años. El cambio de modalidad modificó la relación del proyecto con el público y le permitió construir una presencia cotidiana en uno de los espacios públicos más transitados de Buenos Aires.

La elección de un parque, lejos de los circuitos exclusivamente académicos o especializados, no es un detalle menor. Para Roberto, estar allí significa encontrarse con personas que probablemente no llegarían a una librería temática por otros medios.

“El tener llegada a todo el mundo, desde un albañil, a un historiador, un runner, etcétera”, explica.

Esa diversidad de visitantes también define el carácter de Malungo. No es solamente un lugar donde se venden publicaciones sobre cultura afrodescendiente. Es un espacio donde pueden encontrarse lectores, investigadores, estudiantes, autores y personas que buscan materiales que ya no circulan en las librerías convencionales.

A veces, la experiencia más significativa ocurre cuando alguien llega buscando un libro descatalogado y finalmente lo encuentra. Roberto conoce esa sensación porque alguna vez estuvo del otro lado del mostrador.

“Es grato ver cuando alguien que anda buscando un libro en particular, descatalogado, lo encuentra en Malungo Libros. Me siento identificado, yo también estuve de ese lado y sé lo que se siente”.

El proyecto también funciona como biblioteca y archivo. Roberto y su equipo colaboran con materiales de su colección particular para investigaciones y trabajos diversos. Mantienen contacto directo con autores y generan actividades que exceden la comercialización de libros.

“Nosotros somos más que un puesto de libros. Además de ser editora funcionamos como biblioteca, con gente conocida, solemos colaborar con nuestro archivo particular para investigaciones y trabajos varios. En todo lo que podamos ayudar lo hacemos. Además de generar movidas y tener línea directa con lxs autorxs, nuestro puesto es un lugar de encuentro”.

Esa dimensión cultural trascendió incluso las fronteras nacionales. Este año, Malungo fue invitado a participar de Feira Preta, en Río de Janeiro, Brasil, un encuentro que reúne emprendimientos afrodescendientes. Allí compartió espacio con representantes de Panamá, Colombia, Perú y Argentina.

Para Roberto, la invitación fue una forma de reconocimiento al trabajo realizado: “El saber que desde afuera nos están observando y reparan en nuestro trabajo es muy gratificante”.

Dos millones de pesos para permanecer

La historia de Malungo también está atravesada por una dificultad que amenaza con interrumpir su presencia en Parque Centenario.

Roberto cuenta que, en 2022, cuando el puesto fue emplazado en el parque luego de que el Gobierno de la Ciudad aprobara la solicitud, se les informó que en algún

momento debían realizar determinadas reformas para adecuarse a las medidas reglamentarias. En su caso, debía ampliar medio metro la estructura.

El contexto de pandemia y la posterior crisis económica hicieron que la cuestión quedara postergada. Sin embargo, este año recibieron una notificación que estableció un plazo para realizar las modificaciones. Según explica Roberto, quienes no cumplan con las reformas requeridas podrían perder la licencia y dejar de comercializar en el parque.

La adecuación representa un gasto que ronda los dos millones de pesos, entre materiales y mano de obra.

“La mano de obra más los materiales son alrededor de dos millones de pesos”, explica. “Todos saben que la capacidad de ahorro quedó en el pasado, hoy nos toca sobrevivir con lo que se recauda día a día”.

La dificultad económica no es exclusiva de Malungo, pero adquiere una dimensión particular cuando se trata de un proyecto cultural autogestivo cuya actividad depende de las ventas cotidianas.

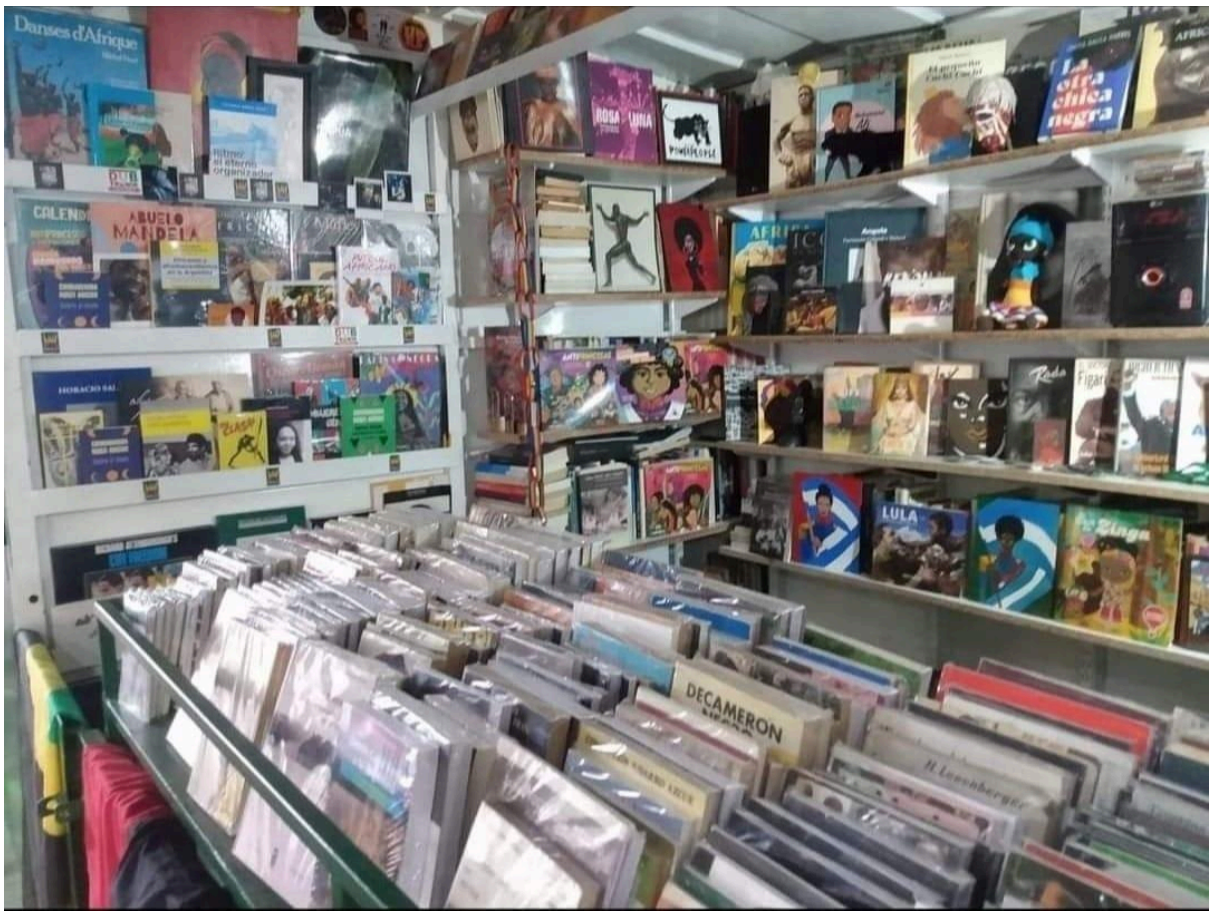
Frente a la situación, la comunidad que acompaña a la librería comenzó a organizar distintas iniciativas para reunir el dinero. Roberto llama a sus seguidores “la comunidad malungueira”, una denominación que da cuenta del vínculo construido durante estos años.

Las respuestas llegaron de distintas maneras: compra de rifas, donaciones de cuadros, ropa, discos y libros de autoría propia para los sorteos. También organizaron recitales y actividades culturales, entre ellas la Feria del Libro Afroindígena.

El esfuerzo permitió reunir una parte importante del dinero, aunque todavía queda un tramo por cubrir. Roberto mantiene la expectativa de conseguirlo antes de que venza el plazo. Después vendrá otra dificultad: devolver el dinero que les prestaron para hacer frente a los gastos.

“La fecha tope se está acercando y pudimos juntar bastante, aunque nos falta un puchito aún, pero creemos que podremos lograrlo”, cuenta.

La respuesta de la comunidad muestra que Malungo construyó algo que no puede medirse únicamente por la cantidad de libros vendidos. Hay personas que reconocen el espacio como propio, que participan de sus actividades y que entienden que su continuidad también depende de una red de colaboración.



Un espacio que todavía falta construir

Para Roberto, uno de los problemas es que no siempre se comprende la dimensión cultural de Malungo. Su preocupación no se limita a las condiciones materiales del puesto, sino también a la manera en que las instituciones reconocen —o dejan de reconocer— este tipo de iniciativas.

En algún momento se contempló la posibilidad de gestionar una declaración de interés cultural ante la Legislatura de la Ciudad de Buenos Aires, pero el proyecto quedó postergado entre las dificultades y los acontecimientos de los últimos años.

Roberto considera que en gobiernos anteriores existió una mayor apertura hacia las actividades que impulsaban, aunque señala que el acompañamiento institucional nunca fue suficiente. La cuestión afro, sostiene, continúa ocupando un lugar relegado.

La pregunta sobre las responsabilidades del Estado aparece entonces inevitablemente: ¿qué políticas públicas permiten sostener los espacios culturales independientes? ¿Cómo se contempla la especificidad de aquellos proyectos que, además de desarrollar una actividad económica, cumplen una función de preservación de la memoria y acceso al conocimiento?

No se trata de desconocer las disposiciones que regulan el uso del espacio público, sino de preguntarse de qué manera pueden implementarse sin desconocer las características y las funciones de los proyectos culturales que allí funcionan.

En el caso de Malungo, la exigencia de adecuación tiene una consecuencia concreta: si no consigue afrontar el costo de las reformas, podría perder el espacio que ocupa desde hace cuatro años.

Pero Roberto no piensa solamente en permanecer. Su horizonte es mucho más amplio.

“Ojalá en corto tiempo podamos contar con la creación de una biblioteca afrocentrada, de cemento… como se merece, ese es nuestro sueño”.

La imagen que propone es la de un espacio permanente, donde chicos y chicas puedan acercarse a libros, documentos y materiales que les permitan descubrir una historia nacional más compleja que la que habitualmente se les cuenta. Una biblioteca donde la presencia afroargentina no sea una nota al pie, una excepción o una referencia distante, sino parte constitutiva de la memoria colectiva.

“Que los chicos puedan descubrir la verdadera historia de esta nación, aquella que nos negaron y que merece ver la luz. No todo es como nos contaron”.

Catorce años después de aquella búsqueda inicial, Malungo sigue haciendo aquello para lo que nació: reunir libros, conectar lectores y poner en circulación historias que durante mucho tiempo quedaron fuera de los relatos dominantes.

Su permanencia en Parque Centenario todavía depende de una reforma que cuesta millones de pesos y de una comunidad que intenta reunirlos antes de diciembre. Mientras tanto, el proyecto continúa funcionando, organizando actividades y acercando publicaciones a quienes se detienen frente a sus estantes.

Roberto recuerda una frase de Cultura Profética, la banda de reggae que le gusta: “Tenemos que aprender a desaprender”.

Quizás allí se encuentre una de las claves de Malungo. Porque recuperar una memoria no consiste solamente en agregar nombres y fechas a los libros de historia. También implica revisar lo aprendido, cuestionar los silencios y reconocer a quienes estuvieron presentes incluso cuando los relatos oficiales los dejaron afuera.

Ennegrecer bibliotecas, entonces, no es solamente llenar estantes. Es abrirlos para que otras voces puedan contar, por fin, su propia historia.

Sobre la autora

Julieta Mora es estudiante de la Tecnicatura Superior en Bibliotecología del IFTS N.º 13 (Buenos Aires). Es escritora, música y creadora de contenido en Instagram, donde se dedica a la divulgación de la bibliotecología, las bibliotecas y la cultura del conocimiento. Sus intereses vinculan la literatura, la comunicación, la cultura y el acceso a la información. Es, también, coordinadora de Conocimiento en Órbita, donde participa en la producción de contenidos y la difusión de perspectivas culturales y educativas.